

Algo sucede en la vida de Kimba

Tras la Tercera Guerra Mundial, el mundo fue devastado por la ira, el odio y el rencor. La raza humana provocó el fin de los días en la Tierra y que esta se volviera inhabitable. Como consecuencia, los supervivientes de la devastadora explosión causada en todo el mundo por los gases tóxicos de las armas nucleares tuvieron que buscar una alternativa para poder seguir viviendo. Y ahí es donde empieza mi historia.

Hola, me presento, soy Kimba y esta es la historia de mi vida.

Nací en Angola, África del Sur. Mi infancia allí, no fue nada fácil. Al igual que muchas de mis compañeras, nuestra educación estaba limitada por aquellos que gobernaban en ese momento mi país. Yo nací para ayudar a mi padre en el campo mientras mi madre, como curandera y bruja, ayudaba a las personas más necesitadas, pero siempre tuve el sueño de poder ser astronauta. Me pasaba los días pensando en cómo se sentiría viajar en el espacio, andar sobre la luna y ver la hermosa Tierra desde fuera.

Mis opciones de aprendizaje eran limitadas, pues mi familia apenas tenía dinero para pagar los impuestos al gobierno. Pero un día cambió.

Cerca de mi pueblo instalaron una base de la NASA en la que millones de científicos estudiaban la posibilidad de poder ir a Éter, un nuevo planeta azul que habían descubierto unas galaxias más allá. Se lo conté a mi familia unos meses después y con los últimos kwanza que nos quedaban de haber recogido el trigo, cogimos un taxi hacia ese pueblo.

El recinto estaba vallado con una alambrada enorme y con guardias de seguridad. Les rogamos que nos dejaran pasar para ver las instalaciones, pero no nos dejaron y con tal brutalidad ante nuestra exigencia, cogieron a mi padre y se lo llevaron.

Mi madre me sujetó, impidiéndome pelear contra los guardias y nos alejamos a pesar de mis quejas. Tras un gran rato en el que estuvo calmando mis lágrimas, me dijo:

-Kimba, eres una niña fuerte. Desde que naciste, vi el gran potencial que tenía entre brazos. Nuestra familia no te ha podido dar lo que siempre quisiste, pero mi última oportunidad radica aquí. Nunca me olvides y ten claro tu objetivo.

Acto seguido, abrió la mano y me dio una pequeña pastilla rosa, la cual me explicó que tenía el poder de hacerme invisible. Ante mi asombro, cogí la pastilla y decidida me encaminé otra vez hacia la valla.

Unos metros antes de donde se encontraban los guardias, ingerí la pastilla y me empecé a sentir con náuseas, mareándome y cayéndome al suelo, perdiendo la consciencia.

Cuando me desperté, no me lo podía creer. Estaba al lado de la base de la NASA, pero parecía como si hubiera pasado muchísimo tiempo.

Había muchísima gente yendo de allí para allá y soldados corriendo de un lado a otro. Al intentar preguntar a un hombre con bata qué estaba ocurriendo, me di cuenta de que no me podía ver; era invisible.

No había rastro de mi madre y recordé sus palabras: “Ten claro tu objetivo”.

Ahora no había nadie vigilando la entrada, por lo que pude entrar fácilmente a la base. Tras recorrer un pasillo, llegué a una sala en la que todo estaba súper desordenado con papeles en lenguaje matemático que no entendía. Había artilugios raros con muchísimos botones que no llegaba a comprender para qué servían y maquetas, muchas maquetas de naves espaciales.

Dada mi curiosidad, no llegué a oír las bombas que acababan de impactar contra la superficie, lo único que noté es que el suelo se movía y parecía que la nave se estaba elevando.

Ante mi sorpresa, eso era justo lo que estaba pasando, de un instante a otro la luz se había ido y asustada, recorrí los pasillos de la base intentando averiguar qué había pasado.

Al principio pensaba que estaba sola en la central, pero llegó un momento en el que vi unas linternas apuntando al pasillo, como si buscaran a gente a través de la oscuridad.

Unos segundos fueron suficientes para que me encontrara apuñalada por la luz irritante de tres linternas potentes.

-¿Quién eres?- Preguntó una voz que no reconocía.

-Parece una niña, dijo otra.

Apararon las linternas y mi visión se acostumbró por unos segundos a la oscuridad. Con una palmada, las luces se encendieron de repente y pude ver a tres chicas con trajes espaciales mirándome con curiosidad.

-¿Qué haces aquí?- preguntó la tercera.

Respondí contándoles mi sueño, que había entrado porque siempre había querido ser astronauta y ante mi sorpresa, conmovidas, me explicaron que había estallado una explosión nuclear que había hecho inhabitable la Tierra y que los supervivientes estaban aquí, en la base, viajando a Éter.

Durante los años que yo había estado inconsciente, se había descubierto que Éter era habitable y estábamos yendo hacia allí como última opción.

Me sumé al viaje como otra más del grupo, disfrutando las imágenes del universo por la ventanilla y cumpliendo el sueño de ver la Tierra desde lejos. Tras unos 10 años luz, llegamos a Éter, aterrizamos ante una gran montaña de cristal.

Me concibieron el honor de poder ser la primera en pisar la tierra de lo que sería nuestro nuevo hogar y tras descargar todo lo que teníamos e investigar el páramo arenoso, divisamos una sombra a lo lejos junto a una nave que volaba en el cielo azul.

Mis compañeras y yo nos presentamos voluntarias para ir a ver qué era, pues todos estaban muy ocupados descargando cosas de la nave-base.

Tras subir la montaña con emoción e intriga, pudimos ver la sombra mejor.
Era un hombre negro con ropajes extraños y un bastón muy raro.
Mis compañeras no se inmutaron, pero vieron mis ojos como platos y mi cara de asombro al ver con más nitidez al hombre que estaba enfrente de mí.
-¿Papá?- dije con los ojos enlagrimados.

Ana Álvarez Mena (1ºBachillerato A)